

Redefinición de la perversión



PAUL DENIS¹

«Cada hombre en su complejidad psíquica es una obra maestra, cada análisis es una odisea.»

Joyce McDougall

Esta cita de Joyce McDougall indica perfectamente el profundo respeto que ella tenía por las complejidades psíquicas de todo tipo, incluyendo aquellas que corresponden a la patología o al registro de la perversión. La cita (1978: 15) indica igualmente que consideraba a los síntomas psíquicos en general y lo que llamaba las *neosexualidades* como el resultado de un trabajo de creación.

El conjunto de su trabajo clínico y toda su obra han contribuido considerablemente a cambiar la mirada de los psicoanalistas así como la del grupo social sobre la patología en general –es decir sobre el tema de la anormalidad– y en particular sobre las personas tachadas de perversas. Freud había sacado a la homosexualidad de su gueto nosográfico considerándola como un momento en la evolución de todo individuo; además había relacionado muchas conductas sexuales designadas como perversas con las pulsiones parciales y las había considerado como la persistencia en la edad adulta de elementos habituales de la sexualidad infantil.

McDougall se inscribe en este movimiento: «Las actividades que habitualmente consideramos como perversas –voyeurismo, fetichismo, exhibicionismo, interés por una variedad de zonas erógenas– podrían formar

1 Miembro titular con función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de París.

parte de la experiencia de una relación amorosa normal» (1978: 36). Y no olvidemos que «normal», bajo la pluma de Joyce McDougall, es un adjetivo cuyo valor ella ha relativizado enormemente.

Para aquellos que han seguido a esta autora, la noción de perversión –si se la quiere mantener y hay situaciones clínicas donde el término se justifica– debe cambiar sus fundamentos.

Nos ocuparemos de entrada de esas conductas sexuales inhabituales o minoritarias (se ha hablado en efecto de minorías sexuales...) consideradas desviadas y que Joyce McDougall agrupa bajo el término de neosexualidades: el hecho de privilegiar, en las relaciones sexuales, tal o cual pulsión parcial no constituye un fenómeno perverso cuando se inscribe en una relación amorosa en el sentido pleno del término. Las particularidades de estas conductas sexuales, si los dos integrantes de la pareja sacan provecho de ellas, pueden ser consideradas eventualmente como sintomáticas, pero ¿por qué perversas en el sentido peyorativo de la palabra?

Joyce McDougall se ha preguntado sobre las relaciones entre lo que llama «el lado inventivo e innovador de la sexualidad perversa» (en el sentido de sexualidad inhabitual) y la sublimación. «No es raro que el perverso, aquel que ha recreado la sexualidad humana, confíe igualmente a la escritura, a los dibujos o a las fotos, sus objetos eróticos y sus escenarios originales, y esta actividad forma parte de su erotismo» (1978: 79). No sería raro que ciertas actividades sexuales consideradas perversas, esas neosexualidades de Joyce McDougall, sean el resultado de tal creación.

Pero, ¿por qué resistir a su invitación y no extender a la sexualidad en general lo que dice McDougall de la sexualidad perversa? La diferencia no es tan radical entre las neosexualidades y las formas de sexualidad consideradas habituales. Todo individuo está en efecto incitado a crear su propia sexualidad. La idea de que habría una sexualidad «normal» biológicamente determinada –a la cual se someterían automáticamente los individuos «normales», mientras que otros sujetos crearían neosexualidades– no resiste el análisis de la evolución sexual personal de un solo paciente que haya tenido una sexualidad calificada de normal. Ésta ha sido creada por el sujeto tanto como la sexualidad llamada perversa de otros individuos.

Cuando se habla del descubrimiento de la sexualidad en la adolescencia se debería hablar de una invención de la sexualidad; la parte de creación allí

es considerable, porque la sexualidad no se enseña. Nosotros podemos considerar hoy que una sexualidad vivida «bajo el primado de la genitalidad» es el resultado, cada vez particular, de una orquestación de las pulsiones parciales reunidas en un haz que conduce a una sexualidad evolucionada. Las pulsiones parciales, puestas al servicio de la sexualidad adulta, han dado lugar a un desplazamiento, a una inhibición de meta, a un cambio de objeto que son análogos a lo que se desarrolla en el caso de su sublimación.

En ese sentido, la sexualidad evolucionada es el resultado de una sublimación, de una creación, y todo acto amoroso es la obra de los dos *partenaires* que la viven. De ese modo, la genitalidad es el resultado de una sublimación. En cuanto a la sexualidad considerada perversa, es un avatar de esta creación de la sexualidad por un individuo particular.

En el caso de la homosexualidad, desde largo tiempo descrita por la psiquiatría clásica como una perversión, el punto de vista finalmente ha cambiado, y Joyce McDougall tiene mucho que ver con eso. Ella no solo ha seguido la perspectiva de Freud, que la ve como una particularidad de la evolución individual, sino que ha mostrado su valor como tal y su carácter de solución para numerosos sujetos frente al traumatismo de la sexualidad; para ella en efecto: «la sexualidad humana en sus orígenes mismos es esencialmente traumática» (1996: 9).

¿Cómo entender esta idea de la sexualidad humana traumática? Porque, para Joyce McDougall misma, la sexualidad es también una fuerza constructiva; el carácter de creación de las neosexualidades sería un ejemplo de ello. La sexualidad es traumática en la medida en que su presión puede llegar a comprometer una organización preexistente del psiquismo. El empuje puberal viene, por ejemplo, a desestabilizar el equilibrio obtenido en el período de latencia. Lo que Moses y Egle Laufer han descrito como el traumatismo del desarrollo, *developmental breakdown* de la adolescencia, puede ser considerado como el efecto de ese carácter traumático de la sexualidad que hace irrupción y desorganiza el equilibrio precedente.

Los psicoanalistas consideran que la homosexualidad forma parte del funcionamiento habitual del espíritu, aunque más no sea en el amor a los padres del mismo sexo. Ruth Menahem, resumiendo el pensamiento de Joyce McDougall indica:

No hay que olvidarse de que, en los dos sexos, los deseos homosexuales presentan un doble aspecto: poseer sexualmente al padre del mismo sexo y ser el padre del sexo opuesto, deseos a la vez complementarios y contradictorios. Tomar en consideración estos deseos precoces permite comprender mejor las diferentes vías por las que esta doble corriente homosexual se expresa en el adulto homo o heterosexual [39].

Las actuaciones de experiencias homosexuales son habituales en la adolescencia, por ejemplo, o en ciertas condiciones o momentos de la vida. Es la exclusividad de las prácticas homosexuales y el eventual sufrimiento que el sujeto puede padecer por ello lo que permite considerarlas como sintomáticas o neuróticas. Podríamos decir de este modo que no hay perversión homosexual como tal. En cambio, hay personas que se consideran como homosexuales o heterosexuales, cuyos modos de relación son perversos en el sentido de perversidad. Esta manera de ver la perversión pone el acento en las peculiaridades relacionales y no en la elección de un objeto sexual del mismo sexo o en la forma de los intercambios sexuales.

Lo que determina la perversión sexual es el abuso sexual del otro para el triunfo del sujeto y no el sexo del otro ni las modalidades de la acción sexual en sí misma. El narcisismo, considerado como estadio del desarrollo de la sexualidad, implica la idea de un ejercicio narcisista de la sexualidad, con uno mismo o con alguien que se nos parezca. Si la evolución del sujeto se detiene en este estadio, lo que va a mantenerse es una forma de sexualidad narcisista; que esta sexualidad narcisista sea homosexual o heterosexual, podemos considerarla como sintomática o atípica o neurótica, pero no implica forzosamente perversidad. Así, Joyce McDougall considera que la homosexualidad femenina puede, ciertamente, estar determinada por una huida frente al hombre, pero constituye sobre todo un componente normal del desarrollo, una corriente sexual que es necesario integrar para acceder a una femineidad armoniosa.

Si debemos conservar la noción de perversión, hoy podríamos distinguir dos registros: uno, que sería por tanto de orden neurótico, en el que el malestar, la limitación y el sufrimiento son experimentados por el sujeto mismo; y otro, en el cual las conductas impuestas a otra persona satisfacen al sujeto pero producen en esa otra persona malestar

o daño. Distinguiríamos entonces un registro «perverso neurótico», en que el calificativo de perverso no tiene más razón de ser –sería mejor hablar de «sexualidad neurótica»–, y un registro «perverso relacional». La sexualidad neurótica se expresa, por ejemplo, en el sufrimiento que las particularidades de su sexualidad hacen vivir a un individuo: no poder tener relaciones sexuales más que con prostitutas, deber soportar una flagelación, o ser travestido para obtener una excitación sexual, no poder aproximarse a una mujer más que con la ayuda de un fetiche cuya presencia es necesaria y sin el cual ninguna realización sexual sería posible. Esas prácticas no implican que el sujeto no tome en absoluto en cuenta a la persona ni el placer de su pareja. El malestar es esencialmente personal, la limitación que impone la necesaria presencia del fetiche constituye una forma de herida narcisista. En otros tipos de conductas fetichistas, lo que desea la pareja ya no cuenta. Podríamos así oponer, de manera esquemática sin duda, dos aspectos en el uso de un fetiche: en un primer caso el fetiche no constituye sino un accesorio de la mujer, accesorio más o menos facultativo o necesario. Por el contrario, la mujer puede no ser más que un accesorio del fetiche, su complemento facultativo o necesario, ella desaparece entonces por sí misma, se convierte en un instrumento, y algo de la relación con esa persona está pervertido; se puede considerar que se está entonces en el marco de una perversión fetichista. Una perversión relacional se manifiesta en ese caso, que impone al otro sus modalidades de placer sin tomar en cuenta lo que éste necesita. Es esta subordinación total a las necesidades del propio sujeto lo que da a ese tipo de conductas su carácter de perversidad. Pero el aporte de Joyce McDougall es también su convicción de la capacidad de evolución de los sistemas psíquicos, incluso los de aquellos marcados con el sello de la perversión. McDougall nos ha enseñado que detrás de todo gesto hay un recuerdo, o que el gesto es en sí mismo un recuerdo que no ha tenido otra transcripción. Los gestos de la sexualidad perversa están de este modo cargados de evocaciones, constituyen evocaciones inefables y tanto más apremiantes en la medida que se mantienen ilegibles, afectadas de alexitimia. Permitir al paciente la lectura de sus recuerdos y de sus afectos enquistados en un comportamiento le abre la posibilidad de una nueva evolución.

Para lo que parece deber siempre ser designado como perversión, no las simples neosexualidades sino las conductas que tienen un carácter de perversidad, propondremos llevarlas a la noción de perversión narcisista.

La noción de perversión narcisista ha sido introducida por Paul Claude Racamier (1986). La define como una perversión no sexual sino moral, «no erótica sino narcisista». Consiste «en una propensión activa del sujeto a nutrir su propio narcisismo en detrimento del narcisismo del otro» (1992: 289-308). Esta forma de perversión constituye una patología del carácter – Racamier hablaba de «*characterosis* perversa»– que apunta a aliviar al sujeto de un conflicto interior, y en ello Racamier coincide con McDougall, que tiende a enmascarar la percepción y la profundidad de sus propias fallas narcisistas cultivando un enfrentamiento muy particular con los otros; se trata para el sujeto de valorizarse atacando el yo del otro y gozando de su desconcierto. La perversión narcisista no es forzosamente antisexual, es antiamorosa, desemboca en una sexualidad escindida donde el dominio sobre el otro es lo esencial. «Por razones inherentes a su estructura, la perversión arriesga, sin embargo, ser la sexualidad sin amor», escribe Joyce McDougall.

La perversión sexual –«forma erótica del odio», decía Robert Stoller– implica una dimensión destructiva. En el sentido de la perversión relacional, que habíamos evocado antes, la perversión sexual impone al otro una situación o prácticas sexuales que no desea; haciéndolo atenta contra la organización de su sexualidad y tiende a destruir algo en la organización de su psiquismo, elaborado en el curso de los años. Es allí que reside la dimensión destructiva de la perversión. Esta dimensión destructiva, de ataque contra el psiquismo, es característica de la perversión narcisista. Así, como consecuencia de la perspectiva de Racamier, somos llevados a definir la perversión sexual como un caso particular de la perversión narcisista, dicho de otro modo: la perversión sexual es la expresión erótica de la perversión narcisista. ♦

Traducción: Lourdes Villafaña

RESUMEN

Los aportes de Joyce McDougall nos llevan a redefinir la noción de perversión y a cuestionar la relación que anteriormente se establecía entre ésta y la homosexualidad. Consideramos que es la exclusividad de las prácticas homosexuales y el eventual sufrimiento que el sujeto puede padecer por ello lo que permite considerarlas como sintomáticas o neuróticas. Pero, ¿por qué «perversas»? Podemos decir hoy que no hay perversión homosexual como tal. En cambio hay personas –ya se consideren homosexuales o heterosexuales– cuyos modos de relación son perversos. Esta manera de ver la perversión pone el acento en las particularidades relacionales –sobre la perversión narcisista– y no sobre la elección de un objeto sexual del mismo sexo.

Descriptores: PERVERSIÓN / SEXUALIDAD / NEOSEXUALIDAD / HOMOSEXUALIDAD
/ SUBLIMACIÓN / FETICHISMO / PERVERSIÓN NARCISISTA

Autores-Tema: Mc Dougall, Joyce

SUMMARY

Joyce McDougall's contributions lead to a new definition of perversion and to a questioning of the relationship between perversion and homosexuality. We think that exclusive homosexual practices and the consequent suffering derived from them are what allows us to consider them symptomatic or neurotic. But, why perverse? Today there is no homosexual perversion as such but there are people –whether homo or heterosexual– whose ways of relating are perverse. This approach emphasizes the particular forms of relationship –over narcissistic perversion– instead of the choice of a sexual object of the same sex.

Keywords: PERVERSION / SEXUALITY / NEOSEXUALITY / HOMOSEXUALITY
/ SUBLIMATION / FETISHISM / NARCISISTIC PERVERSION

Authors-Subject: Mc Dougall, Joyce

BIBLIOGRAFÍA

- DENIS, P. *Le narcissisme*. París, PUF, Que sais-je?, 2012.
- McDOUGALL, J. *Plaidoyer pour une certaine anormalité*, París, Gallimard, 1978.
- *Éros aux mille et un visages*, París, Gallimard, 1996.
- MENACHEM, R. *Joyce McDougall, Psychanalystes d'aujourd'hui*, París, PUF, 1997.
- RACAMIER, P.C. "De l'agonie psychique à la perversion narcissique", *Revue Française de Psychanalyse*, t. 50, n° 5, París, 1986.
- "De la perversion narcissique", en *Gruppo n° 3*, 1987, II Congrès International de Thérapie Familiale Psychanalytique, Grenoble, 1985.
- *Le génie des origines*, París, Payot, 1992.
- STOLLER, R. *La perversion, forme érotique de la haine*, París, Payot, 1978.